

Crónica de un hongo anunciado

Todo mundo estaba papando moscas, a tal grado que nadie se percató del asunto. Una hoja seca por aquí, un tronco más gris que marrón por allá. Pero bastó caminar una tarde cualquiera por el Jardín Juárez para que la verdad nos transportara a un capítulo de La Rosa de Guadalupe: las palmeras, esas centinelas esbeltas que durante más de medio siglo adornaron el jardín principal y el parque de la Cruz, se estaban petateando.

Se fueron apagando poquito a poco, discretamente, como mueren los árboles nobles: sin aspavientos, de pie y con temple de hierro —suena *Hurt*, de Johnny Cash—. Un día estaban ahí, sosteniendo su enorme penacho contra el cielo; poco después quedaba solamente el tronco, convertido en una columna funeraria: naturaleza muerta, gigantes que custodiaban el corazón de Cuautitlán.

Las palmeras que adornaban el jardín pertenecen a dos especies, la primera es la la **Palmera de abanico mexicana** (*Washingtonia robusta*) la cual no sufrió de los embates que mermaron la flora en el centro histórico de Cuautitlán y la otra especie de palmera que si padeció de las inclemencias de la naturaleza es la especie conocida como **Palmera datilera de las Islas Canarias** (*Phoenix canariensis*). Las cuales Pueden alcanzar cerca de treinta metros de altura, desarrollar troncos de casi un metro de diámetro y vivir más de cien años —como López Portillo—. En condiciones extraordinarias incluso llegan a los dos siglos, que ya es demasiado tiempo para soportar contaminación, basura de los comerciantes, remodelaciones del jardín y un cúmulo de cables enredados sobre los troncos.

La especie es originaria de las Islas Canarias y está estrechamente emparentada con las palmeras datileras. Sin embargo, mientras sus primas se volvieron famosas por los dátiles, las canarias conquistaron el mundo por su outfit: robustas, elegantes y con una corona abundante, sumamente fotogénica.

Durante la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a ponerse de moda en Niza y en otras ciudades de la costa mediterránea. Después cruzaron el océano y se convirtieron en uno de los símbolos de Los Ángeles, California. Bastaba plantar una hilera de palmeras para fabricar la imagen de una ciudad moderna, próspera y soleada, donde aparentemente nadie trabajaba los lunes ni tenía que preocuparse por los cortes de agua.

México, como era de esperarse, no tardó en copiar la postal. Las palmeras canarias comenzaron a introducirse durante el Porfiriato, cuando la percepción de modernidad consistía en mirar hacia la Galia y fingir que los problemas nacionales podían disimularse afrancesando hasta los perros. Su expansión más importante ocurrió entre las décadas de 1930 y 1940, particularmente en colonias capitalinas como la Narvarte y Polanco.

Se cuenta que algunos diplomáticos mexicanos conocieron las avenidas de Los Ángeles y regresaron convencidos de que aquellas palmeras le darían a la Ciudad de México un aspecto distinguido. Así terminaron asociadas con el estilo neocolonial californiano: casas con arcos, tejas, jardines y cierto aire de vivir permanentemente de vacaciones, aunque detrás de la puerta uno sobreviviera comiendo latas de atún.

En Cuautitlán, sin embargo, la llegada de las palmeras tuvo una historia más familiar.

El doctor Francisco Martínez Fantini mandó plantarlas a principios de la década de 1950, el mismo día en que nacieron sus hijos gemelos. Mientras aquellos niños comenzaban su vida, las palmeras echaban raíces. Nadie imaginó que aquel gesto terminaría cambiando, durante décadas, la imagen del jardín y de otros espacios públicos del municipio.

Eran tiempos en que Cuautitlán todavía olía a rancho y a tierra mojada, lejos del hoy imperante olor a croqueta para perro... y todavía más lejos de la mancha urbana.

Las palmeras crecieron junto con la villa. Vieron desaparecer los campos, ensancharse las calles y multiplicarse las construcciones. Vieron al concreto avanzar vorazmente y a cada administración imponer gustos arquitectónicos naíf, según la vanidad de quien se dedicaba a gobernar.

También vieron cosas que Google Maps jamás podrá capturar.

Vieron a los novios jurarse amor eterno antes de pelear por un ataque de celos; vieron anidar pequeñas aves entre sus palmas y a los halcones planear sobre sus coronas; vieron pachangas y quinceañeras al ritmo de los danzoneros en el kiosco.

Vieron al profesor Zovek sobrevolar Cuautitlán en un acto de escapismo; vieron cierres de campañas políticas, miles y miles de bolas de helado estrellarse contra el piso, al payasito de la plaza cansarse de su propia rutina y a los universitarios fumar detrás del busto de Juárez.

Vieron la procesión infinita de lunes laborales, fiestas patronales, promesas políticas y globos de helio con la cara de Shrek escapando hacia el cielo como adolescentes huyendo de sus responsabilidades.

Vieron manifestaciones y a la gente apropiarse de la plaza; a las señoras atravesar el jardín cargando las bolsas del mandado; a los niños perseguir palomas y a los perritos jugar junto a los puestos de los boleros.

Las palmeras estuvieron ahí para verlo todo: inmóviles, elegantes y aparentemente ajenas al desastre humano que se representaba diariamente debajo de sus hojas.

Hasta que comenzaron a morir.

Murieron con discreción, víctimas de la negligencia, del cambio climático y, para rematar, del implacable picudo rojo —*Rhynchophorus ferrugineus*— y del hongo *Nalanthamala vermoeseni*, cuyo nombre parece un hechizo de Harry Potter, pero que en realidad provoca la célebre “pudrición rosa”: un nombre casi tierno para un final indigno, una verdadera afrenta botánica.

El picudo se introduce por la corona y cava galerías dentro de la palmera, como si estuviera buscándole el alma. El hongo hace lo suyo desde los tejidos debilitados. A eso se suman el calor, la contaminación, la humedad, las podas incorrectas y esa tradicional costumbre de atender los problemas cuando ya se encuentran en calidad de difuntos.

Las extrañaremos —o fingiremos hacerlo cuando alguien publique una fotografía vieja de 2010 diciendo “qué tiempos”—, porque los lugares rara vez se valoran mientras permanecen completos. Es necesario que desaparezca algo para que todos descubramos, de pronto, cuánto significaba.

La muerte de las palmeras no ocurrió solamente en Cuautitlán. En la Ciudad de México, el problema comenzó a hacerse visible desde años atrás, pero tuvo que morir la famosa Palmera de Reforma para que el asunto ocupara titulares. Como suele suceder, primero murió el árbol y después llegaron los diagnósticos, las mesas de trabajo y las autoridades preocupadísimas frente a las cámaras.

Las palmeras no votan, no organizan protestas y tampoco pueden colocar una lona para exigir atención. No forman asociaciones civiles ni amenazan con cerrar la avenida. Simplemente se enferman, se secan y mueren. Después, alguien las corta, retira sus restos y barre el aserrín como si nunca hubieran estado ahí.

Las que sobreviven parecen viejas matriarcas cansadas. Algunas conservan apenas unas cuantas palmas en la copa; otras continúan en pie, aferradas a la vida, sosteniendo su silueta sobre un paisaje que ya no reconocen. Vieron a la villa convertirse en ciudad y a la naturaleza retroceder mientras el concreto reclamaba hasta el último pedazo de tierra.

Tal vez un día no quede ninguna. Entonces el jardín parecerá más despejado y alguien dirá que luce más moderno. Pero también será un espacio más pequeño, porque los lugares no se miden únicamente por sus metros cuadrados, sino por las historias que todavía hacen eco entre los cuautitlecos.

Aquellas palmeras llegaron a Cuautitlán para celebrar el nacimiento de dos niños y terminaron acompañando la vida de todo un pueblo. Ahora se marchan sin funeral, como tantas cosas que alguna vez creímos eternas.

Y cuando caiga la última, quizá alguien publique su fotografía en el grupo de la comunidad, le aplique un filtro sepia y escriba: “El Cuautitlán que se nos fue”.

Entonces todos reaccionaremos con una carita triste.

Demasiado tarde, como siempre... faltos de acción, como siempre.

Eduardo Salvatori, cronista municipal

Fuente:

Francisco Arjona, “Flora citadina: la palmera canaria crea el paisaje de la CDMX pero está en riesgo”, *Chilango*, 20 de agosto de 2025.